PROYECTOS, SUBJETIVIDADES E IMAGINARIOS DE LOS 60 A LOS 90 EN LATINOAMÉRICA

*Enrique Guinsberg**

Una comparación en el tiempo, entre las décadas de los 60 y los 90, permite apreciar diferencias estructurales claras tanto a nivel mundial como regional, sin mencionar los casos nacionales. Estos cambios en las estructuras determinan diferencias notables en las perspectivas que desde cada situación se abren al futuro. Esto conduce a preguntarse por las consecuencias que en las subjetividades tienen estos cambios en términos de construcción de imaginarios colectivos y de proyectos.

Projects, subjectivity and imaginary in Latin America

A comparison in time, between the decades of the sixties and nineties, allows an appreciation of clear structural differences at a global and regional level, without mentioning national cases. These changes in structures determine notable differences in the perspectives of each situation for the future. This leads to questions about the consequences of these changes in terms of subjectivities, collective imaginary and project construction.

* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-X. Codirector de la revista *Subjetividad y Cultura*. Correo Electrónico: gbje1567@cueyatl.uam.mx

Projets, subjectivités et imaginaires en Amérique Latine

Une comparaison dans le temps, des années soixante aux années quatre-vingt-dix, permet d'apprécier l'existence de différences structurales claires aussi bien au niveau mondial ou même régional, sans parler des cas nationaux. Ces changements au niveau des structures conduisent à des différences très nettes dans les perspectives futures que chaque situation ouvre. Ce qui conduit à s'interroger sur les conséquences produites par ces changements en termes de construction des imaginaires collectifs et des projets, dans les subjectivités.

¿Veinte años no son nada? Así lo afirma un lugar común y el estribillo de un muy conocido tango, aunque tan aventurada afirmación sea constantemente desmentida por los procesos sociales e históricos de nuestro tiempo que, a diferencia de lo que ocurría en otros más remotos, hoy transitan a ritmos cada vez más acelerados, donde dos décadas pueden mostrar cambios muy significativos en prácticamente todos los ámbitos de los mismos.

Es, por supuesto, lo que ha ocurrido en todo el mundo entre las décadas de los sesenta y los noventa, donde nuestro continente, muy especialmente, no ha sido una excepción. Y se trata de diferencias no precisamente mínimas —como las que inevitablemente se producen incluso dentro de un modelo que sigue su desarrollo sin modificaciones radicales—, sino lo suficientemente importantes como para significar cambios notables en áreas muy importantes. No cambió prácticamente la estructural condición de dependencia y de subdesarrollo de todas las naciones del continente, como tampoco hubo modificaciones positivas de importancia en los clásicos modelos de pobreza, condiciones de salud, distribución de la riqueza, niveles de bienestar, etcétera —todo lo contrario, ya que se acentuaron de manera muy notoria—, *pero sí hubo y hay un cambio muy diferente de reacción frente a los mismos y en todos los sentidos: político, económico, social e ideológico.* Incluso, aunque moderados, por parte de los mismos sectores dominantes.

En efecto, lo que se hacía, pensaba, sentía y proyectaba en el primero de esos periodos es notoriamente diferente y hasta podría decirse que antagónico con lo que comenzó a darse a fines de los setenta y se fue acrecentando hasta llegar a estos años de fin de milenio en los que las nuevas generaciones desconocen y se sorprenden de lo que hacía la precedente que, a veces, fueron sus mismos padres. Veinte años son entonces mucho, al menos en este caso.

El propósito de este trabajo es ver lo que ocurría en ese periodo en nuestro continente, para luego compararlo con lo que sucede actualmente. Ver que ocurría a nivel estructural y las consecuencias que se producían en los niveles políticos y sociales, pero no para profundizar en estos *sino para buscar comprender los proyectos, comportamientos, imaginarios y modelos de subjetividad que aquellos gestaban*, para luego hacer lo mismo respecto a este presente tan diferente y contrastar las diferencias. En ambos casos alcanzan, para el desarrollo del trabajo, sin necesidad de precisiones mayores, las ideas generales de los conceptos utilizados (*subjetividad, compor-*

tamientos), aunque tal vez sea necesario indicar que, por *imaginario social*, se entiende a las creaciones sociales, históricas y psíquicas que se traducen en producciones de significación colectiva de un determinado periodo: proyectos, expectativas, fantasías, ideales, deseos, miedos, etcétera.[1]

Lo anterior, con base en dos objetivos de trabajo: uno es *la premisa de la existencia de vinculaciones, que inevitablemente se producen, entre las condiciones sociohistóricas y los modelos de subjetividad de cada época*, proceso dialéctico que muchas veces resulta fácil y elemental afirmarlo para situaciones del pasado, pero que pocas veces se establecen para las inmediatas o presentes por las implicancias que esto tiene, o por la dificultad de pensar algo nuevo que no es precisamente neutral;[2] y el otro, por la intención de avanzar concretamente, aunque sea de manera mínima, en una problemática conocida y siempre señalada pero escasamente abordada: la necesidad de ver las vinculaciones y relaciones entre los aspectos sociales y políticos con los subjetivos, lo que casi nunca hacen sociólogos y politólogos,[3] y escasamente el mundo *psi* por causas que luego se indicarán.

América Latina no es una unidad sino la suma de marcos sociales muy diferentes

Se comprenderá que tales objetivos no puede realizarse de manera amplia o completa en un artículo o ensayo, tanto por problemas de espacio como de la complejidad de los mismos. A lo que se suma lo conocido de que América Latina no es una unidad sino la suma de marcos sociales muy diferentes, cada uno de los cuales debería ser estudiado de manera particular en la multiplicidad de variantes que incluso presentan dentro de sus propias fronteras nacionales.

Sin embargo, y reconociendo esas diferencias, *hubo* y *hay* una especie de *Zeitgest* (espíritu del tiempo) que puede verse impregnando, en muy diferentes grados, las señaladas características de ambos periodos, aunque tal vez de manera mayor al presente que al anterior. Esta intención de una amplia panorámica —semejante a lo que puede verse desde un avión o un satélite, donde la visión global lo es al precio de los detalles y especificidades del terreno—, será hecha desde una perspectiva limitada y parcial, aunque con plena conciencia de diferencias que son y serán destacadas: la conocida y vivida en Argentina y en México en sectores universitarios e intelectuales, ámbitos

[1] Para una comprensión mayor del muy usado concepto de *imaginario* es imprescindible la consulta del conocido libro del recientemente fallecido Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.

[2] En estas dificultades por supuesto intervienen aspectos que no son temas del presente trabajo, en concreto la intención, no siempre consciente, de no ver tales relaciones por la incidencia que ella tiene en las responsabilidades de los marcos sociales y políticos en psico(pato)logía de los sujetos, que para muchos es preferible fincar exclusivamente en vínculos familiares o microsociales.

[3] Una extraña excepción en los últimos tiempos es Norbert Lechner, quien al menos señala y comprende la necesidad de análisis de ambos aspectos. Al respecto véase de este autor los artículos que componen su libro *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, México, FCE, 1995.

específicos que en gran medida son expresiones y reflejos de otros campos, aunque las más de las veces con amplitudes y sensibilidades diferentes que deben ser reconocidas y comprendidas para no caer en sobredimensionamientos que han tenido serias y graves consecuencias, sobre todo en el primer periodo a estudiar.

Es también necesario reiterar algo ya indicado: en el presente trabajo se hará centro en lo señalado de proyectos ideológicos, imaginarios y subjetividades, que indudablemente tienen su apoyo en las condiciones económicas y políticas de cada periodo. El que sólo se indiquen o reseñen éstas de manera alguna significa negar o minusvalizar su importancia estructurante que se reconoce, sino que obedece a la necesidad de poder desarrollar el objetivo explícito del tema a abordar.

Una última aclaración —escrita luego de redactado este trabajo y discutido en el Área de Investigación donde se produjo— respecto a lo que algunos de sus integrantes consideraron como cierta tendencia de «nostalgia» que pensaron existe en su contenido. En este sentido habría que diferenciar lo que puede haber de cierto de ello en quien evidentemente participó, es decir que estuvo y está *implicado* en los acontecimientos de ambos periodos; y otra, hasta qué punto tal hecho determina y/o contamina los análisis y apreciaciones que se hacen, lo que por supuesto no es aceptado por el autor al releerse y discutirse estas páginas. Esto último no pretende negar que sí se reconoce recordar de manera positiva un periodo cargado de las significaciones que se señalarán posteriormente y de las que actualmente se carece, pero en ese caso también se mencionan posturas críticas respecto a tal periodo.

Las décadas de los sesenta y de los setenta

América Latina siempre estuvo vinculada de manera muy directa con los países centrales o del llamado Primer Mundo, sea económicamente en fuerte dependencia (aunque en diferente niveles los países más grandes como Argentina, Brasil, Chile, México, etc., que otros como los centroamericanos), al igual que en los campos políticos e ideológicos. Respecto a lo primero mucho se ha escrito, criticado y denunciado como para repetirlo, y en cuanto a lo segundo es también conocido cómo la mayoría de nuestros países son eco de las ideas, tendencias y modas culturales que surgen de tales lugares. En múltiples casos de manera no del todo coherente con la fuerza de dominación económica: es así que durante el predominio económico inglés en Argentina hasta el surgimiento del peronismo en los cuarenta (incluso hasta el derrocamiento de éste en 1955) en la cultura el peso intelectual francés tuvo una gran importancia —sin olvidar las tradiciones culturales española e italiana de la mayoría de su población—, la que continuó y continúa pese al predominio norteamericano que existe desde la caída del primer gobierno de Perón. Algo similar existe en otros países, aunque es incuestionable que, últimamente —y sobre todo en el sentido antropológico de *cultura* como forma de vida e ideología de una comunidad— el peso del modelo norteamericano es muy grande y fuertemente dominante, aunque en los ámbitos intelectuales siguen teniendo una gran importancia las vertientes francesas y otras. Como podrá verse más adelante, el marco latinoamericano en general reflejó y absorbió muchas tendencias que se desarrollaron en los países centrales,

aunque en determinados momentos éstas se encarrilaron por caminos diferentes, propios y específicos de la realidad de cada país.

No es éste el lugar para un señalamiento exhaustivo de lo ocurrido luego de la terminación de la guerra 1939-45; baste con señalar el estado de crisis general en que se vivía en los países intervinientes en la misma por sus significaciones generales: destrucción, pérdida de valores, comprensión de la antes inimaginable barbarie desatada (desde los campos de exterminio hasta las explosiones nucleares) y muchos otros aspectos, a lo que siguió el temor posterior de la «guerra fría» y los riesgos permanentes —reales e imaginarios— que sentía la población en general, especialmente los intelectuales por su mayor capacidad de procesamiento de lo que acontecía.

Si bien Estados Unidos sólo tuvo pérdidas humanas sin destrucción física de su territorio, y los países europeos occidentales se recuperaron más o menos rápidamente, los efectos subjetivos permanecieron de manera significativa: un estado de escepticismo y de niveles de angustia que se reflejaron claramente en las tendencias intelectuales de la época, de lo que son una clara expresión algunos aspectos de la filosofía existencialista francesa y sus repercusiones artísticas.

Económicamente, fue el periodo del Estado benefactor y de «bienestar» desarrollado por la perspectiva keynesiana, que compensaba de alguna manera la inseguridad de futuro de la «guerra fría» con la seguridad que ofrecían los incrementos de los niveles de vida, los seguros sociales, etcétera, que permitió un importante aumento de las condiciones de vida y de bienestar, aunque ello contradictoriamente fuera, en gran medida, gracias a los gastos de la carrera armamentista. Pero también se producen cambios importantes en todo el mundo, aunque en proporciones notoriamente diferentes: la creciente y marcada urbanización por no la desaparición pero sí notoria disminución del campesinado —que en América Latina hace que surjan megaciudades como México, São Paulo, Buenos Aires y Caracas, así como el gran crecimiento de otras—, el fuerte desarrollo de los medios masivos de difusión y el inicio de la televisión, el también cada vez más importante desarrollo de la tecnología y del transporte, todo lo que producirá importantes efectos.

Esto último también se produce en América Latina, donde la guerra además tuvo algunos conocidos beneficios, como el incremento de exportaciones (sobre todo de materias primas) y luego las políticas de sustitución de importaciones que fomentaron un importante y a veces novedoso desarrollo industrial en algunos países —Argentina, Brasil y México entre ellos—, con ciertas ventajas para la población en general merced a distintas posturas populistas de los gobiernos de la época.

Pero en nuestro continente la década de los cincuenta tiene también otros cambios importantes que serán centrales para lo que vendrá después: la caída de un conjunto de regímenes populistas y/o militares —entre ellos Perón en Argentina, Vargas en Brasil, Rojas Pinilla en Colombia y Pérez Jiménez en Venezuela— y su reemplazo por gobiernos autodefinidos como «democráticos» y así reconocidos por Estados Unidos y gobiernos del mundo occidental —que no cambiaban tal opinión por la inestabilidad de algunos de ellos,[4] lo que realmente abrió algunas

[4] Uno de los casos más notorios fue el de Argentina, donde el gobierno de Frondizi (elegido en 1958 con la proscripción del peronismo) estuvo

puertas a ciertas libertades (aunque muchas veces restringidas o sólo formales), posibilidad de expresión de disconformidades, juegos opositores y de universidades que se convirtieron en importantes centros de rebeldías y posturas incluso revolucionarias. Y el 1 de enero de 1959 triunfa la experiencia guerrillera cubana, que producirá efectos sustantivos en todo el continente.

Es en ese contexto que, en todo el mundo occidental, se desarrolla en los sesenta una muy fuerte corriente que tendrá importantes consecuencias y que recibe diferentes denominaciones para destacar propuestas similares: *rebeldía, movimientos contestatarios, contracultura o cultura alternativa*, etcétera, que tendrán su apogeo en el *espíritu* y *cultura del 68* con las conocidas movilizaciones en grandes centros del mundo, con la de París como la más impactante y reconocida.

optimismo, libertad, sexualidad libre, música rock, juventud, maestros, viajes...

Las motivaciones, significados y consecuencias de ese amplio y polifacético movimiento son clara expresión y muestra de lo que se busca comprender en este trabajo: los *proyectos, fantasías e imaginarios* de un periodo en el que, aunque los sectores que participaron no fueron más que una minoría de la población, igualmente tuvieron una significación e incluso una no desdeñable representación de una época. Aspectos que son centrales de la *subjetividad* de ese periodo.

Una idea bastante clara de ese proceso la formula uno de los que lo estudian: «*Contracultura* es, en castellano, un término parcialmente equívoco. Procede de la traducción literal del inglés *Counter-culture*, cuyo sentido más exacto, sin embargo sería *cultura en oposición*. O sea, no algo *contra* la cultura (al modo de los bárbaros saqueando nuevamente una ciudad romana) o adverso a ella; sino un movimiento *cultural* enfrentado con el sistema establecido y con los valores sociales dominantes en ese mundo; en una palabra con la *norma* entendida como incuestionable e inamovible. Por lo que la *contracultura* sería mejor entendida si se la llamásemos *cultura marginal, nueva cultura* (quizás el término más apropiado).» Se trataba de un «afán de libertad, de novedad, de individualismo (frente a lo normativo gregario) y de cultura *viva*, sensible, frente a las fosilizadas estructuras de lo académico o de lo oficial». Todo ello, sigue diciendo, producto de «la gran decepción por la política clásica (comunista o capitalista) que no había sido capaz de evitar guerras calamitosas y terribles; estaba también el germen de la rebeldía existencial —que apostaba por la libertad del individuo— y que había llenado de canciones tristes y libros estupendos —pienso en Albert Camus— el París de los años cincuenta; estaba asimismo la rebeldía de los propios *beats* americanos —los escritores marginales y nuevos de los mismos cincuenta— que eran los padres más inmediatos de la nueva California; y estaba aún el descubrimiento del Oriente, el saber (como habían indicado ciertos

---

constantemente presionado por las Fuerzas Armadas que le hicieron constantes planteos hasta que lo derrocaron en 1961 para reemplazarlo por un presidente *títere*, José María Guido, presidente del Senado, también sometido a permanentes planteos y luchas militares internas. La situación culmina en 1966 con la abierta asunción del poder por las Fuerzas Armadas.

precursores) que en otros lugares del planeta se había intentado vivir de manera diferente, y que esa otra forma no era necesariamente mala, como la mentalidad colonialista se empeñaba en demostrar... Optimismo, libertad, sexualidad libre, música *rock*, juventud, maestros, *viajes*... La *contracultura* parecía llenarlo todo y estar destinada a no morir. Veremos cómo eso es exacto y falso al mismo tiempo»[5]. Como De Villena destaca, desde su perspectiva, era un movimiento con dos ejes centrales: *libertad* y *antiautoritarismo*, con caminos para vivirlos que más adelante se verán al describirse sucintamente las propuestas y actividades de sus principales vertientes.

Postura coincidente con la de otro analista de ese proceso, que rastrea sus orígenes en los anarquistas y considera que «toda doctrina antiautoritaria ha de ser, en el fondo, una teoría pedagógica; no es extraño, por ello, que sus grandes voceros hayan sido pedagogos. El primero [de este periodo que se estudia], Benjamin Spock, influyó en la crianza de los niños del *baby-boom* con sus tratados pediátricos que desaconsejaban la represión de la voluntad infantil».[6]

Los movimientos de Estados Unidos y de Europa

Es en esa época que irrumpen un conjunto de movimientos que se harán famosos, no sólo por un carácter rebelde que siempre existió, sino por su novedad, fuerza y capacidad de impacto sobre sus propias poblaciones, pero también sobre el mundo en general que recibió y de alguna manera reflejó tales experiencias. Es el periodo en que en Estados Unidos aparecen primero los beatniks, luego los hippies, más tarde los yippies, que junto a las reivindicaciones feministas, estudiantiles y de la población negra, a la revolución sexual y a las protestas por la cada vez mayor participación norteamericana en Vietnam, crean un clima en ese país contra «el sueño americano», a la vez que formulan una extraña rebeldía en ese país —bastante antes de que surgieran las protestas europeas— que no proviene de sectores pobres o explotados sino de ámbitos relativamente privilegiados: estudiantes, intelectuales, artistas, etcétera, que no temieron a las consecuencias pese a la muy reciente represión que hubo con el macartismo en ese país.

Es interesante hacer una recapitulación del sentido de esas protestas, sus objetivos y sus métodos por dos motivos: ver tanto sus méritos como debilidades que los llevaron al peso que llegaron a tener pero también a su virtual desaparición como tales en sólo una década, como para luego hacer una comparación con la rebeldía latinoamericana de ese mismo periodo y la posterior represión con la que se la combatió con resultados conocidos.

Una larga definición de los beatniks aclara el sentido general de ese movimiento: «En la comunidad bohemia [de la zona de San Francisco y en los cincuenta] casi todos eran artistas, si no de talento

[5] Luis Antonio de Villena, «Contracultura: no sólo un momento en el tiempo», en Fernando Savater y Luis Antonio de Villena, *Heterodoxias y contracultura*, Barcelona, Montesinos, 2ª ed., 1989, pp. 90 y 93.

[6] Luis Britto García, *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991, pp. 95 y *s.* El autor recuerda que Spock se convirtió en uno de los líderes de oposición a la intervención de su país en Vietnam.

y era beat porque, según Jack Kerouac, la beatitud era el objetivo final en su búsqueda espiritual del amor infinito

excepcional sí consecuentes. Rechazaban voluntariamente el conformismo y creían, además, que su género de trabajo era incompatible con él. Deseaban tan sólo vivir tranquilos en su rincón haciendo caso omiso de muchas de las imposiciones sociales. Pero unos cuantos bohemios se tomaron en serio la posibilidad de crear una nueva filosofía y de vivir, no con arreglo a los aspectos negativos del código social, sino a un sistema de valores positivo y propio. Este grupo fundó en su comunidad una especie de santuario para contemplar desde allí la vida y estudiarla. Y además dio un nuevo nombre a los bohemios: la generación Beat. Era *beat* (golpe, golpear) porque la guerra, la inexorabilidad de la muerte y la colectivización de la vida moderna abatían a sus miembros. Era *beat* (compás, ritmo) porque los músicos de los bohemios era el jazz, en cuyo ritmo veían reflejado su propio tiempo y en cuya improvisación parecía manifestarse el credo bohemio. Y era *beat* porque, según el portavoz del grupo, Jack Kerouac, la beatitud era el objetivo final en su búsqueda espiritual del amor infinito.»

Y continúa: «La generación que llegó a la mayoría de edad en la década de 1950 intentaba, como la Generación Perdida de los años 20, encontrar un sentido al mundo de la postguerra. Sus miembros tenían ante sí un mundo sumido en un estado de guerra permanente: la segunda guerra mundial, la de Corea, la guerra fría. Según los *beats*, la realidad impedía que se pudiera rendir culto a la razón. Era imposible desterrar al mal por decreto, aunque cabía en lo posible darle en el mundo carta de naturaleza. La historia y la humanidad eran ingobernables. El progreso, víctima de todas las guerras, constituía una ilusión. Lo único real era la muerte. Por ser el progreso un concepto falso, el pasado y el futuro carecían de importancia: *el presente lo era todo.* Tampoco valían la pena hacer planes y proyectos en vista de la inexorabilidad de la muerte. Pero, aunque la vida fuera ingobernable y fugaz, *sí podía saborearse hasta el máximo.*»[7]

Cantor remarca cómo, para los seguidores de este movimiento «el hombre debía ser un pozo de sensaciones, y su cuerpo un conjunto de antenas nerviosas que registraran el placer, el dolor o el alivio del orgasmo; el aforismo "pienso, luego existo" cedía su paso a "siento, luego existo",»[8] incluyendo en este sentir todo lo que era proscrito de la sociedad: drogas, música no oficial, poesía, etcétera, lo que producía un fuerte rechazo del *statu-quo* y de la mayoría de la población, pero también por los intelectuales que eran más tradicionales por la incoherencia y descuido de la vida y producciones beat. Por lo que fueron perseguidos y estigmatizados pese a que los *beatniks* no eran cruzados que buscaran convertir a la humanidad sino sólo verse libres de los compromisos tradicionales y hacer su vida explorando su mundo interior.

[7] Norma F. Cantor, *La era de la protesta*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, pp. 333 y *s.* Los subrayados son míos para resaltar una idea central de esos movimientos y una diferencia sustantiva con la de la rebeldía poco posterior latinoamericana, donde el presente era sacrificado en nombre de una revolución futura que se lograría en una guerra o proceso prolongado.
[8] *Ibid.*, p. 334.

Esto lo buscaban de maneras no nuevas pero sí manifiestas y que llevaron a niveles muy altos. Como escribe De Villena: «Otra característica formal —y nueva— de los *beats* es lo que podríamos llamar una búsqueda del arte sin mediación del intelecto. Escribir haciendo que las palabras fluyan, dejando libres las imágenes. ¿Influencia del estar sin notarlo en la corriente de la vida, aspecto tan característico del budismo *zen*? Este fluir libre se percibe en las largas disgresiones de las mejores novelas de Kerouac, *On the road* (En el camino) o *The Dharma bums* (Los vagabundos del Dharma), que parecen a veces monólogos de un hombre que mientras habla va poco a poco llenándose de whisky...»[9]

Esto último señala un aspecto clásico de este movimiento y de otros norteamericanos que luego se verán, y que, como puede aceptarse, marcan objetivos y caminos distintos a los que tomarán los sectores contestatarios latinoamericanos: la utilización de alcohol y de drogas para la obtención del estado buscado. Pero, a diferencia con la creciente drogadicción actual que tiene otras y muy diferentes implicancias, en estos movimientos era un camino hacia una riqueza interior que posibilitara una mayor capacidad creativa, artística y vital. Por eso en esos tiempos aparece y se hace célebre Timothy Leary con la utilización y difusión del LSD (ácido lisérgico), sustancia íntimamente vinculada con la música rock y el arte pop de los sesenta;[10] pero el camino de la droga fue central para esta contracultura de los sesenta y figura como uno de sus símbolos, de la misma manera que lo fue el rock que provocaba una situación que un autor ya citado describe acertadamente para mostrar tal búsqueda de un placer interno: «Lo que —contraculturalmente— más nos interesa constatar ahora del rock no es su origen melódico, ni tampoco las sucesivas evoluciones rítmicas (con agregados de otras músicas) que ha tenido desde aquellos primeros años cincuenta hasta hoy, en que sigue vivo y aún en máxima plenitud, sino comentar el porqué de su fuerza y vigencia. Cuando Elvis se moría cantando en el escenario (Elvis, *la pelvis*, como le llamaron) el movimiento se pretendía un éxtasis y una provocación. Éxtasis porque el cuerpo todo *comulgaba* con la música, que le entraba por los poros y le hacía sacudirse y vibrar; y provocación porque era el sexo y todo lo que con él se relaciona lo que servía como movimiento extasiador e insinuante [...] Un concierto de *rock'n'roll* es una especie de gran ceremonia religiosa, en la que —guiados por unos oficiantes— todos participan. El cuerpo arrastra a un éxtasis que suprime el devenir del tiempo —y por eso se parece a la muerte— y la potenciación de cuerpo y sexo, crea una sensación de plenitud y totalidad que de alguna manera (por vía mística) también tiene que ver con la muerte, en cuanto que ésta es entendida como sinónimo de plenitud, de orgasmo, de

[9] De Villena, ...*op cit.*, p. 122.

[10] La utilización de drogas con objetivos similares también fue seguida y fomentada por algunos de los creadores de la mal llamada *antipsiquiatría* de la que hablará más adelante, en particular por David Cooper, aunque la popularización de esta corriente muchas veces produjo una mala y barata lectura de los sentidos de tal uso. En la Argentina de los comienzos de los sesenta el LSD llegó a ser utilizado, aunque de manera mínima, por algunos psicoanalistas con título médico para intensificar el proceso terapéutico en algunas sesiones largas realizadas esporádicamente.

intensidad suma, de quietud, de éxtasis nuevamente...» Para este autor la contracultura se refleja en el rock por tres motivos que son paradigmáticos de la misma: potencia su ideal de *intensidad* y de vida exaltada; porque las letras y posturas de cantantes y seguidores reflejan actitudes de liberación, júbilo sexual, ruptura con lo burgués establecido; y porque su atmósfera y mitología hacen creer en un ideal de juventud y de adolescencia permanente.[11]

La relativa extensión de las características de este movimiento beat se hizo porque reúne las principales constantes de los movimientos posteriores de la década de los sesenta: hippies, yippies, etcétera. Que variaron en múltiples sentidos pero manteniendo similar espíritu rebelde, contestatario, inconformista, libertario y antiautoritario, así como en caminos que no pasaban de la búsqueda del mundo interior y con unas posturas que las más de las veces eran más provocativas que conducentes a la producción de cambios externos, es decir políticos y sociales.

un concierto de rock'n'roll es una especie de gran ceremonia religiosa

Una muy clara descripción también la ofrece Cantor: «Los hippies estan "hip" (en el secreto) de lo que sus hermanos de más edad descubrieron en la década de 1950. La sociedad realmente estaba loca; el holocausto nuclear despojaba al futuro de sentido y el único viaje que valía la pena hacer era el que tenía lugar dentro de la propia cabeza. Una generación que había crecido en una era de asesinatos y a la sombra de otra guerra aceptó con facilidad el marginamiento. El asesinato de Kennedy provocó este segundo y gran movimiento de evasión; primero poco a poco, luego en mayores números, la gente renunciaba a la sociedad y se incorporaba a la nueva bohemia.»[12] Esta forma de vida, en principio con centro en San Francisco, implicaba todo lo ya indicado pero también el uso de ropa provocativa y actitudes llamativas como largas melenas, la renuncia a casas cómodas de familiares para irse a buhardillas y barrios pobres y sucios, la deserción a los trabajos convencionales, etcétera. Todo lo que implicaba la renuncia «al corazón mismo de la ética americana fundada en el puritanismo: el trabajo tenaz y responsable, el respeto por la propiedad privada, y el éxito y la prosperidad logrados en un ambiente de sana competencia».

Pero no todos los movimientos de esa época tuvieron un carácter marcadamente despolitizado, es decir rebeldes pero limitados a una crítica que podría verse como ideológica, y por tanto buscando el indicado cambio de forma de vida a nivel individual pero sin buscar estrategias para modificaciones político-sociales estructurales. En el mismo Estados Unidos surgieron posteriormente otros que de alguna manera estuvieron vinculados a los mencionados, pero alcanzando niveles políticos muy superiores: entre éstos deben destacarse aquéllos que buscaban la recuperación de derechos perdidos o que nunca tuvieron (caso del feminismo y de la cultura negra, entre éstos los, en su momento, destacados Panteras Negras); los que cuestionaron a las formas sociales desde la crítica a las universidades, donde destacaron los casos de Berkeley, Columbia y los SDS (Estudiantes por una Sociedad

[11] *Ibid.*, pp. 146 y *s.*
[12] N. Cantor, ...*op. cit.*, pp. 337 y *s.*

Democrática); los diferentes grupos de izquierda radical; y, de manera destacada, el amplio movimiento primero de oposición a la intervención norteamericana en Vietnam, y luego la deserción al alistamiento para participar en esa guerra, que produjo grandes conmociones a niveles tanto local como mundiales.[13] Agréguese a esta lista, seguramente no completa pero que sí ofrece un claro panorama de lo acontecido, los profundos cambios que en esa época se presentaban con la llamada «revolución sexual», en los vínculos familiares y en la que se consideraba crisis de ésta,[14] etcétera. Una época de profundos cambios y de crisis de valores en amplios sectores de la población.

Pero el espíritu contestatario de tales décadas alcanzará sus niveles mayores en otros ámbitos. Junto al latinoamericano, con otras características, como se verá en el próximo apartado, es en Europa donde se llega al apogeo con la llamada *cultura del 68* donde la celebérrima insurrección parisina de ese año estuvo precedida y acompañada por un conjunto de movimientos y de posturas que se encontraban, con todas las variantes del caso, en similar espíritu rebelde, contestatario y crítico al extensamente reseñado de Estados Unidos. Pero en estos casos una diferencia sustantiva fue que el carácter político alcanzó niveles mucho más altos, con una comprensión mayor de los significados estructurales productores de lo que se cuestionaba y buscaba cambiar.

Aunque con niveles muy diferentes en distintos movimientos: más allá de los caminos que encararon para provocar los deseados cambios, fue muy alto en las reducidas pero activas organizaciones político-militares, en algunos partidos de izquierda y sectores sindicales y estudiantiles, como también en algunas expresiones culturales (literarios, la «antipsiquiatría», etc.); y más ideológicos en otros, aunque fue dentro de este ámbito —en las conocidas movilizaciones estudiantiles— donde se alcanzaron los mayores aunque momentáneos impactos, pero con las profundas resonancias también conocidas.

[13] Sobre todos estos movimientos véase descripción y análisis bastante detallados en los libros citados, en particular el de Cantor, que respecto a la izquierda radical escribe: «La nueva izquierda de los años 60 se parecía poco a la vieja de los años 20 y 30. En realidad, nueva significa más que "restaurada". La distinción era precisa porque las ideas del nuevo radical se basaban más en motivaciones emocionales y morales que en conceptos intelectuales. Carecía de una ideología determinada, dispuesto como estaba a evitar el handicap de los modelos rígidos y de las doctrinas inflexibles [...] La nueva izquierda protestaba contra la ausencia de calidad, contra el vacío de la vida moderna contra el medio urbano fragmentado y carente de un sentimiento de comunidad, contra la impotencia de la sociedad americana, incapaz de llevar a la práctica sus promesas de igualdad y libertad y de ponerse a la altura de sus valores e ideales tradicionales. El joven extremista echaba la culpa de todo ello al sistema liberal, y era esta actitud lo que diferenciaba de manera rotunda a la nueva izquierda de la vieja. Porque los nuevos creían que sus mayores habían traicionado a sus propias doctrinas. Alegaban que la vieja izquierda no murió por el McCarthysmo, sino por haber diluído en inocuas posturas progresistas sus compromisos doctrinarios con el socialismo y la causa radical, y por haber preferido el poder y el prestigio en lugar de los ideales» (pp. 346 y *s.*).

[14] Recuérdese que muchos de tales movimientos creían que en esta nueva cultura la estructura familiar estaba en crisis y que incluso desaparecería su actual connotación. Al respecto pueden verse dos textos clásicos de esa postura: el de Ronald Laing, *El cuestionamiento de la familia*, Buenos Aires, Paidós, 1976, y el de David Cooper, *La muerte de la familia*, Buenos Aires, Paidós.

Por supuesto, éste no es el lugar ni el espacio lo permite, para un largo desarrollo sobre lo acontecido y una discusión al respecto. Baste decir que fue producto de condiciones semejantes a las que motivaron la reacción estadounidense, pero también porque el importante desarrollo educativo pretendió ser limitado por el régimen del general De Gaulle, lo que actuó como detonante de una crisis con más profundas significaciones, que es lo que explica la extensión del movimiento no sólo a otras ciudades, sino también el apoyo que tuvo en importantes sectores del movimiento sindical y de la población.

Sí es importante al menos conocer el porqué de la derrota —no fracaso porque sus efectos fueron grandes e incluso perduran— de una insurrección que casi derriba al poder francés, ya que eso determina la comprensión de los límites de esos procesos. Mientras para unos fue porque creó «un espectáculo ciertamente hermoso, pero no fue una revolución», y no supo crear un aparato político organizado y coherente (que es lo que rechazaba por sus tendencias libertarias y antiautoritarias,[15] para otros obedeció a que los estudiantes fueron capaces de movilizar a amplios sectores pero no de inflamar lo suficiente como para producir una continuidad, ya que «precipitaron una enorme ola de huelgas de obreros en Francia y en Italia en 1968, pero, después de veinte años de mejoras sin paralelo para asalariados en economías de pleno empleo, la revolución era lo último en que pensaban».[16] A esto hay que agregar que, más que un «espectáculo hermoso» como plantea Britto García, se trató de una propuesta tan encantadora como ideal y utópica en tanto sus formulaciones sonaban (y suenan) tan bellas como imposibles de realizar. ¿Acaso no es precisamente imposible *pedir lo imposible* o *prohibido prohibir* en cualquier marco social, o prescindir de formas y estructuras organizativas? Es cierto, fue una utopía pero, como todas éstas, sirven como ideales tal vez nunca alcanzables pero indicativos de unos objetivos y fines que deben alcanzarse aunque sea en parte. Algo mucho más valioso que la actual pretensión de un «fin de las utopías» que, en definitiva, tras una presunta objetividad esconde la aceptación y conformidad con el brutal y despiadado estado presente.

Para terminar con esta parte es importante señalar mínimos aspectos de otras dos vertientes que se presentaron en Europa. El primero surgió como consecuencia de la derrota de las insurrecciones de 1968, pero también en parte con base en prácticas latinoamericanas de esa década: los diferentes grupos armados tipo *Brigadas Rojas* en Italia y *Baader-Meinhof* en Alemania, que nunca llegaron a tener penetración en los campos obreros y populares, terminando fácilmente destruidos cuanto más a mediados de los setenta, aunque lograron realizar ciertas acciones espectaculares y de fuerte efecto, pese a que algunas veces eran antagónicas con sus búsquedas de éxito y crecimiento (el mayor ejemplo fue el secuestro y muerte de Aldo Moro en Italia). Y el movimiento de Praga, violentamente reprimido por la invasión soviética (y que en un principio —luego hubo una lamentable retractación— fue apoyado por Fidel Castro, lo que implicó mayor apoyo con la obvia excepción de los sectores comunistas ortodoxos de la línea del Kremlin).

[15] Britto García, ...*op. cit.*, p. 113.
[16] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica grijalbo-Mondadori, 1ª ed. 1995, p. 301.

La otra vertiente, y tomada como muestra representativa de las posturas contestatarias dentro del campo intelectual-cultural, fue el *movimiento alternativo a la psiquiatría*, más conocido por su equívoco nombre de *antipsiquiatría*. Y que fue un claro y nítido exponente, en su ámbito específico, del espíritu rebelde de las décadas aquí estudiadas, formulando una feroz y lúcida crítica a las vertientes tradicionales y acríticas del campo *psi* y comprendiendo las causas fundantes de tal realidad, pero también realizando propuestas y actividades que, más allá de las críticas que hoy se les puedan hacer, provocaron cambios sustantivos y que han sido la base de múltiples prácticas que hoy continúan.[17]

Los movimientos latinoamericanos

Nuestro continente por supuesto que no fue inmune tanto al clima de tal época como a los efectos de tales movimientos pero —como ya se dijo— los caminos que tomó la disconformidad existente fueron muy distintos, con planteos que llegaron a tener propuestas no sólo rebeldes sino revolucionarias que tuvieron fuerte impacto y consecuencias aunque con diferencias en cada país. Pero, al menos en general, fueron como variaciones de un mismo tema.

Por supuesto que llegaron las influencias de los beatniks y luego los hippies norteamericanos, pero no fueron grandes y estuvieron limitadas —como en ese país pero sin la resonancia que allí tuvieron— a muy pequeños sectores, especialmente algunos del campo artístico, de lo que fue claro exponente el Instituto Di Tella de Buenos Aires que, en los inicios de los sesenta, se abrió a experiencias de *happenings*, teatro de vanguardia, exposiciones contestatarias, propuestas académicas en ciencias sociales distintas a las del funcionalismo entonces dominante, etcétera.[18] Incluso el consumo de drogas tiene un nivel mucho menor al de Estados Unidos, aunque con significaciones similares.

Pero, como ya se indicó, *el contexto era otro y marcó su impronta*. Los países de América Latina obviamente no eran del Primer Mundo y por tanto no «gozaban» de sus ventajas económicas, como tampoco de las condiciones que posibilitaron la contracultura de Estados Unidos. Por el contrario, las libertades y las formas democráticas eran restringidas, cuando existían se producía una más aparente que real modernización que permitía ver más nítidamente el estado que se vivía (sobre todo por parte de los sectores más esclarecidos, el universitario sobre todo que fue el más activo en las movilizaciones que se realizaron en muchos países aunque no en todos). Pero, además y sobre todo, el

[17] Para un desarrollo mucho mayor de esta corriente véase el capítulo III, «Los planteos críticos del movimiento de alternativas a la psiquiatría», de mi libro *Normalidad, conflicto psíquico, control social*, México, Plaza y Valdés / UAM-Xochimilco, 1ª ed. 1990, 2ª ed., 1996, donde también aparecen las principales referencias bibliográficas de los protagonistas de esta corriente.

[18] Por supuesto no sólo en esa ciudad ni en ese lugar, aunque siempre con la señalada limitación. Por ejemplo en la ciudad de Rosario, segunda en importancia de Argentina en ese momento, también se realizaron actividades similares, entre ellas una donde todas las butacas de los espectadores daban a la calle, queriendo significar que allí se encontraba el «espectáculo». Como adelanto de lo que se verá después, el autor de esa obra se integró y murió en una organización político-militar.

primer día de 1959 triunfa la Revolución cubana, que tuvo una inmensa carga mítica y de ejemplo para los sectores ya rebeldes o que comenzaron a serlo a través de sus realizaciones inéditas en el continente: primero una reforma agraria radical, campaña de alfabetización, honestidad gubernamental y liquidación de la corrupción endémica, ascenso al poder de guerrilleros jóvenes —muchos de ellos campesinos— que desarrollaron toda la guerra en las sierras cubanas; y luego el creciente enfrentamiento con Estados Unidos por la oposición de éste a las reformas, Playa Girón, la declaración del socialismo y la fuerte y constante denuncia a las condiciones de América Latina, etcétera. Todo lo que tuvo tanta resonancia como consecuencias con apoyo en los altos índices de analfabetismo, las grandes desigualdades sociales y económicas, las expectativas de movilidad social, la creciente urbanización, la represión, etcétera.

Cuba se convierte en modelo, *lo que de por sí indica una fundamental diferencia con la contracultura norteamericana, tanto en objetivos como en caminos para lograrlos.*[19] Esto es importante porque estos caminos toman a Fidel Castro y al Che Guevara como guías de la lucha armada, encauzando a los sectores rebeldes y/o revolucionarios que se alejaron de las fórmulas de los partidos liberal-democráticos e incluso del reformismo de los partidos comunistas que seguían la línea soviética (éstos ya también golpeados por quienes se acercaban a la en ese momento surgiente «línea china», más cercana en ese momento a los procesos nacionales de liberación).

Es un periodo que dura hasta mediados de los setenta, con el posterior cambio que llevará a la derrota de tales propuestas y la instauración de otro modelo —con otros imaginarios y subjetividades— que es el actual hegemónico que se verá en la siguiente parte de este ensayo, donde la propuesta hegemómica de ese momento es reemplazada por otra también hegemónica de los sectores dominantes tradicionales. Periodo signado por convulsiones políticas y militares de todo tipo, pero esta vez no sólo originadas por las fuerzas del poder como ocurrió siempre (asonadas y golpes militares) sino también por insurgencias de izquierda: surgimiento de guerrillas en prácticamente todos los países del continente (la mayoría siguiendo el modelo cubano del «foco»), movilizaciones obreras con signo clasista en algunos casos, insurrecciones urbanas las más de las veces espontáneas como reacción a las violencias del poder, ejercicios electorales donde era posible (en pocos lugares, Chile entre ellos y con su conocido final), efervescencia universitaria no limitada a los claustros sino llevada a las calles y a prácticas políticas, importante activismo de sectores culturales e intelectuales, etcétera.[20] Frente todo esto la violencia del poder: Brasil

[19] En Estados Unidos también también produce efectos, pero que no pasaron de cierta simpatía (salvo en sectores como los Panteras Negras y algunos grupos de reivindicación de la cultura negra). Recuérdese que a comienzos de los sesenta aparece el conocido libro de Wrigth Mills, *¡Escucha, yanqui!*, publicado en México por la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica.

[20] Como escribe, recordando ese periodo, un conocido politólogo radicado en nuestro continente: «En los años 60 el tema central del debate político-intelectual en América del Sur es la *revolución.* La situación de la región, caracterizada por un estancamiento económico en el marco de una estructura social tradicional y, por otra parte, por una creciente movilización popular, es interpretada como un estado prerrevolucionario. Contrastando los cambios

inicia el nuevo periodo de «seguridad nacional» y de contrainsurgencia con el golpe militar de 1964, al que seguirá la serie de golpes militares con presunta justificación en «el peligro castro-comunista» y la violencia guerrillera (Argentina en 1966 y 1976, Uruguay y Chile en 1973...).

Es cierto que la mayoría del activismo procedió de sectores intelectuales, estudiantiles y juveniles clasemedieros, pero también lo es que en algunos lugares tuvo una trascendencia que superó por lejos a tales sectores: en Argentina los grupos guerrilleros y las insurrecciones de 1969 (en Córdoba y en Rosario en particular) tuvieron un fuerte apoyo obrero y clasemediero, que se mantuvo hasta el triunfo de Perón en 1973.[21] Por otra parte no puede olvidarse el papel activo que en ese proceso tuvieron sectores profesionales de clara pertenencia a clases no precisamente populares, tres de ellos muy notoriamente: el campo artístico-intelectual en general; los abogados, que formaron un grupo separado de la muy clasista institución oficial y se dedicaron a denunciar las violaciones de la dictadura y a defender a todos los presos políticos; y los *psis* (psicólogos, psicoanalistas, psiquiatras, etc.) que se convirtieron en el sector profesional más radicalizado del país.[22]

Y, muy especialmente, no puede olvidarse la participación de importantes sectores del campo popular. En Argentina hubo un no mayoritario pero sí destacado accionar de organizaciones obreras que se desgajaban de las tradicionales burocracias sindicales, lo mismo que en otros países (Chile entre ellos); y lo mismo ocurrió con sectores campesinos (Bolivia, en importante medida también Brasil). En este panorama no debe olvidarse la hasta ese momento original intervención de amplios sectores de la Iglesia católica que constituyen la Teología de la Liberación y llega a tener un peso considerable en muchos lugares —Centroamérica, Ecuador, Argentina, Perú— e incluso mayoritario (Brasil),

---

rápidos y radicales de la Revolución Cubana con los obstáculos que encuentra la modernización desarrollista, se constata la inviabilidad del modelo capitalista de desarrollo en América Latina y, en consecuencia, la "necesidad histórica" de una ruptura revolucionaria [...] La revolución aparece no sólo como una estrategia necesaria frente a un dramática "desarrollo del subdesarrollo", sino también como una respuesta respaldada por la teoría social» (Norbert Lechner, «De la revolución a la democracia», en *Los patios interiores de la democracia* ...*op.cit.*, p.17).

[21] Este triunfo electoral en gran medida fue consecuencia de todas las movilizaciones argentinas señaladas y el fuerte peso que llegaron a tener los grupos guerrilleros, tanto a nivel militar como de influencia en muy amplios sectores de la población. No corresponde al objetivo de este trabajo analizar las características de los acuerdos que pudieran haber existido entre Perón y los militares, como tampoco los errores de tales grupos político-militares.

[22] Éste fue uno de los efectos en América Latina del ya citado movimiento de alternativas a la psiquiatría europeo (cuyos principales exponentes fueron Franco Basaglia en Italia, David Cooper y Ronald Laing en Inglaterra, etc.), pero que en Argentina se apoyó esencialmente en el campo psicoanalítico, en ese momento hegemónico en tal país. Todas las profesiones indicadas se integraron en la Federación Argentina de Psiquiatras, incluyendo sectores que se alejaron de la tradicional y ortodoxa Asociación Psicoanalítica Argentina. Sobre esto pueden verse, muy especialmente, los dos tomos compilados por Marie Langer, *Cuestionamos I* y *II*, Buenos Aires, Granica, 1971 y 1973; también mi artículo sobre ese proceso, «El trabajo argentino en salud mental: la práctica entre la teoría y la política», en la 1ª edición del libro *Normalidad, conflicto psíquico, control social*, ...*op. cit.*

que se mostró claramente en las famosas posturas que adoptara la reunión del CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana) de Medellín, de compromiso con los pobres del continente.

Fue un periodo de fuertes y constantes luchas de todo tipo. Mientras que en los países del Primer Mundo éstas tuvieron su apogeo en las movilizaciones de 1968, en América Latina comenzaron en los primeros años de esa década y continuaron durante toda ésta, por lo que ese año tuvo repercusiones, pero con base en una situación que ya estaba conmocionando a la mayoría de las naciones. Recuérdese que incluso en los países centrales una de las banderas de las movilizaciones fue la imagen y el ejemplo de Ernesto Che Guevara y muchos otros considerados como héroes guerrilleros pero de una estirpe socialista diferente: muy distinta a la de las propuestas clásicas y burocratizadas de las líneas soviética y china. En este sentido la imagen del Che representa, en el mundo entero, un modelo de las expectativas, las ansias y los imaginarios políticos-sociales de ese periodo: *antidogmatismo teórico, postura antiburocrática, claro tercermundismo, vida heroica, crítica al poder y a los intereses materiales, honestidad,* etcétera, que se expresaban tanto en su vida y lucha como en la imagen que recorrió el mundo como bandera a través de la ya en ese momento clásica y crística fotografía de Alberto Korda.[23]

En lo último indicado respecto al Che Guevara —como el mayor exponente de una cultura que tuvo múltiples y en ese momento respetados e idealizados seguidores (Marighella, Lamarca, Sendic, los Peredo, Douglas Bravo, Camilo Torres, Yon Sosa, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas...)— pueden verse los ejes centrales de lo deseado y buscado por sectores importantes del continente y que marcaron los ideales de la época. Que también importantes sectores no apoyaran los lineamientos de la lucha armada de los nombrados no cambia la situación: si bien en éstos se veían niveles de heroicidad y de máximo sacrificio que implicaban un profundo respeto para sus seguidores por lo que se convertían en ejemplos (aunque después la mayoría no siguiera en los hechos ese camino), lo importante es que eran parte sobresaliente y extrema de propuestas de cambio —reformistas o revolucionarias— en las que también participaban partidarios de caminos electorales, militantes de campos obreros, campesinos, barriales, estudiantiles o académico-profesionales. Es cierto que en esos momentos las polémicas entre partidarios de diferentes estrategias —por ejemplo entre los que proponían los caminos armados y los electorales o pacíficos— eran fuertes e incluso despiadadas, pero también lo es que hoy, aproximadamente 30 años después, puede verse que existió un común denominador compartido de (en diferentes niveles) rechazo al *statu-quo* y de búsquedas de (también en diferentes niveles) cambios en todos los ámbitos de la realidad: sociales, políticos, económicos y éticos.

En todo lo escrito previamente en este trabajo pudieron verse —implícita y explícitamente— los referentes centrales de los proyectos,

[23] Aunque se verá más adelante, es interesante destacar como esta imagen del Che retorna de manera muy fuerte en estos momentos, treinta años después de su muerte en Bolivia, pero con significaciones similares y distintas a la vez.

subjetividades e imaginarios de la época analizada, que seguramente se comprenderá de manera más clara al estudiarse más adelante los del periodo actual. En una muy apretada síntesis puede verse que se trató de un importante y a veces fuerte rechazo hacia los proyectos dominantes en todos los sentidos (los tradicionales y estáticos), con búsquedas de alternativas más o menos profundas, de intentos de creación de una diferente ética y moral. Esto indica un grado importante de disconformidad con la ideología de la época y una búsqueda de un mayor pero diferente bienestar, que pasaba más por objetivos ideales que de pretensiones de más y mejores mercancías (aunque esto de manera alguna era descartable en países y/o núcleos sociales menos favorecidos). Pero era también una época de un mayor activismo (y no de espera pasiva) que implicaba un cierto y no desdeñable grado de espíritu de sacrificio en nombre de ideales entendidos como superiores (no confundir esto con masoquismo, pero sí con el hedonismo epidérmico y superficial actual), como también de solidaridad e importancia de valores colectivos y no exclusivamente individuales.[24] Era un periodo de expectativas y de esperanzas —incluso los sectores dominantes lo ofrecían, caso de la «Revolución en libertad» de Frei en Chile—, que no se realizaron pero que se contrastan con el escepticismo y, para una gran mayoría, la actual crisis sin salidas. Fue entonces una época donde posturas que genéricamente pueden definirse como «progresistas» y favorables al cambio, tuvieron un peso considerable e incluso mayoritario: a más de los apoyos antes citados a grupos que lo fomentaban (incluso a grupos radicales), recuérdense los triunfos electorales de la Unidad Popular en Chile, del peronismo en Argentina (aunque luego el mismo Perón dejó de lado las formulaciones de los sectores de esa ideología que obligaron a la dictadura militar a llamar a elecciones), antes de Arbenz en Guatemala y el proceso boliviano etcétera. Por supuesto que también existieron sectores conservadores opuestos a estos lineamientos progresistas —un claro ejemplo al respecto fueron los que impulsaron la caída de Salvador Allende—, pero para su triunfo debieron apelar siempre a las Fuerzas Armadas por su escaso poder propio.

una de las banderas de las movilizaciones fue la imagen y el ejemplo de Ernesto Che Guevara

Puede verse que las diferencias entre las contraculturas de Estados Unidos-Europa con la de América Latina fueron bastante o muy diferentes en objetivos y caminos, *pero los unía el común denominador general de rechazo, disconformidad, búsqueda de alternativas de relaciones sociales y de formas de vida, entre otros aspectos compartidos.*

Este periodo llega a su fin aproximadamente a mediados de los setenta, donde comienza a germinar lo que se desarrollará a partir de los ochenta y hoy sigue vigente. Aquí las causas del cambio (y de derrota de esos proyectos) son distintas: en América Latina las propuestas de cambio —reformistas o revolucionarias— son liquidadas

[24] Como señala Hobsbawm, aunque respecto a otro aspecto del mismo periodo: existía una idea que era «el aspecto fundamental de sus vidas: la colectividad, el predominio del "nosotros" sobre el "yo"» (*op.cit.*, p. 308).

a sangre y a fuego bajo la doctrina de la «seguridad nacional» con la mediación de los ejércitos nacionales,[25] aunque no puede negarse el fracaso de los movimientos guerrilleros (salvo el de Nicaragua que triunfa en 1979 y el de El Salvador que mantiene un empate con las Fuerzas Armadas hasta los acuerdos de paz de mediados de los noventa). En México también son derrotados los grupos armados que tomaron ese camino luego de la sangrienta represión del 2 de octubre de 1968, pero este movimiento implicó un parteaguas en la historia del país, dando pie a posteriores cambios reformistas (electorales y ciertas libertades democráticas) antes inexistentes.[26]

El señalado *Zeitgest* —incluidos sus proyectos, subjetividades e imaginarios— terminará para abrir paso a otro marcadamente diferente.

Las décadas de los ochenta y de los noventa

Con base en la ya mencionada Doctrina de Seguridad Nacional y la política de «contrainsugencia», en la década de los setenta comienza un nuevo periodo en América Latina, que en muchos casos, por supuesto, tiene su contraparte en inolcultables déficits de los sectores rebeldes y/o revolucionarios. Si bien esa política tuvo su inicio años atrás con el golpe militar en Brasil que derroca a João Goulart, su más consecuente implementación se produce con el derrocamiento de Allende en 1973 y los sucesivos golpes militares en otros países (Uruguay, Argentina, países de Centro América). Pero si bien la justificación manifiesta de ellos fue «aniquilar» a los movimientos definidos como «subversivos» y «terroristas», que en algunos países llegaron a tener importante peso y capacidad de realizar acciones bastante espectaculares, *el objetivo real fue la búsqueda de construcción de un nuevo modelo de estructura económica, política y social.* Y esta construcción requería del aniquilamiento de toda oposición a la misma, en tanto significaban la terminación de los (relativos) beneficios de los «Estados de Bienestar» y de los populismos hasta ese momento vigentes, que serían reemplazados por mayores restricciones a los niveles de vida de los sectores populares.[27]

[25] A partir del golpe militar de Brasil en 1964 se suceden las acciones del mismo tipo e incluso coordinadas: en Chile en 1973 es derrocado el presidente Allende que llegó al poder electoralmente; en 1976, en Argentina se produce otro golpe militar, lo mismo ocurre en Uruguay en la misma época al igual que en Bolivia (con sucesivos golpes militares) y en Perú, donde el sector militar «nacionalista» es reemplazado por los tradicionales militares derechistas. En México es ferozmente reprimido el movimiento del 68 y todas las movilizaciones siguientes, aunque se abren limitadas puertas antes cerradas. Sólo en Colombia y Venezuela se mantiene el juego electoral pero en condiciones de mantenimiento de las estructuras tradicionales.

[26] Al escribirse este trabajo, fines de septiembre de 1998, se están conmemorando los 30 años del fatídico 2 de octubre, con dos posturas muy diferentes entre los que fueron sus protagonistas respecto a la significación de ese movimiento: una mayoritaria que considera que su bandera fueron la búsqueda de un avance democrático, y otra que sostiene que se trataba de una lucha libertaria de paz, amor, etcétera. Más allá del debate, es indudable que en ambos casos se trató de lo sostenido en este artículo: diferentes vertientes de un enfrentamiento con la política y cultura del sistema de la época.

[27] En el caso argentino ello fue muy claro: si bien las dos grandes organizaciones actuantes (Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo)

Es decir que los actuales modelos hegemónicos de tipo neoliberal vigentes en la mayor parte del mundo y de los países de nuestro continente[28] ya tienen antecedentes en intentos no claros conducentes al mismo fin e iniciados años atrás. En este sentido son interesantes y clarificadoras las observaciones que realiza Hobswabm: entre ellas que «la historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió el rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis», y que para enfrentar a ésta comienzan a desarrollarse las propuestas neoliberales que hasta ese momento no pasaban de ser teóricas pese a los premios obtenidos por sus ideólogos (los Nobel de Economía a Friedrich von Hayek en 1974 y a Milton Friedman dos años después). «Tras 1974 los partidarios del libre mercado pasaron a la ofensiva, aunque no llegaron a dominar las políticas gubernamentales hasta 1980, con la excepción de Chile, donde una dictadura militar basada en el terror permitió a los asesores estadounidenses instaurar una economía ultraliberal [...] Con lo que se demostraba, de paso, que no había una conexión necesaria entre el mercado libre y la democracia política.»[29]

Aunque no es éste el lugar para una reseña o análisis de las características del modelo neoliberal, sí es interesante mostrar *grosso modo* las diferencias con las políticas precedentes, ya que esto tiene una profunda incidencia para este trabajo. Siguiendo con Hobswabm: «La batalla entre los keynesianos y los neoliberales no fue simplemente una confrontación técnica entre economistas profesionales, ni una búsqueda de maneras de abordar nuevos y preocupantes problemas económicos [...] *Se trataba de una guerra entre ideologías incompatibles*. Ambos bandos esgrimían argumentos económicos: los keynesianos afirmaban que los salarios altos, el pleno empleo y el estado de bienestar creaban la demanda del consumidor que alentaba la expansión, y que bombear más demanda en la economía era la mejor manera de afrontar las depresiones económicas. Los neoliberales aducían que la economía y la política de la edad de oro dificultaban —tanto al gobierno como a las empresas privadas— el control de la inflación y el recorte de los costes, que habían de hacer posible el aumento de los beneficios, que era el auténtico motor del crecimiento de una economía capitalista. En cualquier caso, sostenían,

---

seguían teniendo importante fuerza militar y capacidad para acciones impactantes pese a las importantes derrotas que les produjeron las Fuerzas Armadas, políticamente su derrota comenzó en 1973 con el triunfo de Perón, convertido en importante enemigo de la guerrilla. Entre la muy grande cantidad de reprimidos por el autodefinido *Proceso de Reorganización Nacional*, una gran mayoría de los detenidos y desaparecidos no eran miembros de organizaciones militares sino del campo popular (sindicalistas, estudiantes, villeros, etc.).

[28] Pese a que múltiples políticos y economistas —que en general son o fueron cercanos a gobiernos que implementaron estas políticas— insisten en que el término *neoliberalismo* es genérico y no puede atribuirse a todas las propuestas que se implementan en nuestro continente por no ser idénticas y tener diferencias entre sí, aquí se generaliza ese término por considerarse que esas diferencias son menores respecto a las grandes coincidencias existentes (privatizaciones, disminución del peso del Estado y de beneficios sociales que estaban a cargo de éste, etc.). Evidentemente cada nación debió ajustarlo a sus posibilidades y tradiciones, y así, por ejemplo, México no pudo hasta ahora privatizar Pemex ni construir una política fiscal eficiente.

[29] Hobsbawm, ...*op.cit.*, pp. 407-409.

la "mano oculta" del mercado de Adam Smith produciría con certeza un mayor crecimiento de la "riqueza de las naciones" y una mejor distribución posible de la riqueza y las rentas, afirmación que los keynesianos negaban.»[30]

Pero, es evidente, una cosa es implementar este proyecto en naciones desarrolladas y con cierta cultura democrática y sin tantas desigualdades (aunque igualmente las consecuencias han sido fuertes), y otra en nuestros países. De allí la necesidad de hacerlo con regímenes de mano dura (militares o civiles) y un casi absoluto desprecio por formas democráticas que se dicen respetar en teoría pero no en la realidad (y que, cuando existe, se limita a procesos electorales no siempre limpios). *Era por tanto imperiosa la derrota de las propuestas anteriores (populistas, reformistas, rebeldes o revolucionarias) y la búsqueda de construcción de nuevos modelos de proyectos e imaginarios sociales y políticos; de un nuevo tipo de subjetividad en suma que acepte la nueva propuesta o al menos no la dificulte.*

Y no pueden quedar dudas de que, revirtiéndose la situación anterior, ello se ha conseguido en una amplia medida: en gran parte aceptándose el nuevo modelo (aunque con el tiempo han ido surgiendo diferentes reacciones y oposiciones), y en otra con una actitud pasiva muy diferente a la existente en las décadas anteriores. Tales formas de aceptación y/o tolerancia han sido producto de diferentes factores: *1)* la indicada represión que actuó sobre los sectores más activos de la población, con el consiguiente temor de ésta; *2)* la hegemonía del modelo neoliberal en prácticamente todo el mundo; *3)* la ausencia de proyectos alternativos, máxime luego de la caída del bloque del «socialismo real» y de las «crisis de paradigmas y de utopías»; *4)* el interés que importantes sectores de la población, sobre todo de clases medias y altas, mostraron por algunos aspectos de ese modelo (apertura de mercado que permitía la llegada de mercancías del mundo entero, el impacto de la computación y diferentes tecnologías de la modernidad), interés ampliamente fomentado por los medios de difusión de masas;[31] *5)* las crisis económicas derivadas de la pérdida de autonomías nacionales y mayor dependencia de los poderes económicos internacionales, el aumento de la deuda exterior y la pérdida de empleos y beneficios sociales; *6)* un manejo cultural cada vez mayor a través de unos medios masivos globalizados, que transmiten mensajes cada vez más unidireccionales.

En este sentido no puede negarse que las propuestas neoliberales fueron elegidas o convalidadas por procesos electorales en los más importantes países del continente: Cardoso en Brasil, Menem en Argentina, Salinas y Zedillo en México, lo mismo que en otros países,[32]

[30] *Ibid.*, p. 409 (el subrayado es mío).

[31] Un ejemplo paradigmático de esto se produjo en México con un importante apoyo a la presidencia de Carlos Salinas hasta pocos días después de la crisis de fin de 1994, consecuencia del énfasis en la modernidad, en el ingreso al Primer Mundo, el ingreso masivo de mercancías importadas y a precios relativamente bajos, etc.

[32] Es cierto que Carlos Menem no llega con ese proyecto, pero fue reelegido cuando ya lo había implementado, lo mismo que muchos de sus candidatos en elecciones provinciales. En cuanto a México, se mantiene la acusación de la «caída del sistema» en las elecciones de 1988 que habría permitido el triunfo de Salinas, pero en 1994 triunfa su candidato Zedillo, donde el «voto del miedo» frente a la rebelión zapatista fue más poderoso que el rechazo a

y se llega al hecho de que en otros procesos electorales triunfan connotados representantes de la represión (entre ellos Banzer recientemente como presidente de Bolivia, y el general Bussi como gobernador de la provincia de Tucumán en Argentina[33]). En Chile el pinochetismo es derrotado electoralmente, pero con la concertación demócrata cristiana/socialista continúa el mismo modelo neoliberal.[34]

A niveles de subjetividad individual pero compartidas por muy amplios sectores —lo que lo convierte en «carácter social» de la época—, las consecuencias ya fueron planteados en distintos trabajos anteriores,[35] por lo que aquí se indicarán de manera muy resumida. Dos son los centrales: el incremento de lo que se considera como posturas *individualistas* frente a las cooperativas, colectivas o solidarias; y el también notorio incremento de reacciones de temor generalizados ante múltiples condiciones de violencia y de inseguridad. *Sean producto o causa de esto, los imaginarios y proyectos también han cambiado.*

Respecto a lo primero, las tendencias *individualistas* o *narcisistas*, bastante ya se ha estudiado y escrito, y si bien puede decirse con razón que ello siempre existió y comienza su auge con el modernismo y el capitalismo, Lipovetsky inicia su contradictorio trabajo considerando que «la privatización ampliada, erosión de las identidades sociales, abandono ideológico y político y desestabilización acelerada de las personalidades» indica que «vivimos una segunda revolución individualista» o, dicho de otro modo, una «nueva fase en la historia del individualismo occidental».[36] Esto significa que «El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido

---

una política que, de cualquier manera, tuvo importante apoyo hasta fines de ese año. En cuanto a Chile, en realidad no había opciones (salvo la del pequeño Partido Comunista): había que elegir entre la coalición triunfante PDC-PS, o los partidos pinochetistas, ambos con una propuesta económica no divergente. En Uruguay se realiza un plesbiscito donde fracasa el intento de castigo a los represores, y más tarde es reelegido el actual presidente.

[33] Tucumán fue una de las provincias más combativas en las décadas de los sesenta y los setenta con su proletariado azucarero e importantes grupos guerrilleros, y el general Bussi fue el responsable de una feroz represión en esa provincia durante la dictadura militar.

[34] Pese a que muchos lo ven como modelo exitoso, otros piensan de manera diferente; al respecto véase el conocido libro de Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, Arcis Universidad, 1997. (Nota posterior a la redacción del artículo: la detención de Pinochet en Inglaterra y la resolución de su extradición a España para su juzgamiento, mostraron de manera contundente el mantenimiento del apoyo de los partidos de «izquierda», como el Socialista, a la política gubernamental que trató de impedir tal detención y extradición.)

[35] Enrique Guinsberg, «El psicoanálisis y el malestar en la cultura neoliberal», en *Subjetividad y Cultura*, núm. 3, México, 1994 (reproducido en la 2ª ed. de *Normalidad, conflicto psíquico, control social*, *op.cit.*); «La salud mental en nuestros tiempos de cólera», en *El sujeto de la salud mental a fin de siglo*, México, UAM-Xochimilco, 1996; «La angustia del sujeto neoliberal», en *Memoria*, núm. 77, México, 1995; «Aproximación psicoanalítica al malestar en la cultura del fin de milenio», en *Alter*, revista internacional de teoría, filosofía y sociología del derecho, Centro de Investigaciones Jurídicas, Universidad Autónoma de Campeche, núm. 3, 1997.

[36] Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 3ª ed. 1988, p.5. Texto contradictorio porque defiende ese individualismo, pero al mismo tiempo hace críticas muy fuertes y válidas a sus consecuencias.

pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalización incomparable».

Aunque junto a esto se produce algo también fundamental que el autor reconoce pero da la impresión de no valorar en su magnitud: la existencia de *nuevas formas de control y de homogeneización que se realizan simultáneamente* —más adelante de lo citado dirá que se «despliegan dispositivos cada vez más sofisticados y humanos»—, poniendo un serio límite a la utopía del «hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo [y] la aspiración y el derecho más legítimos a los ojos de nuestros contemporáneos»: que entiende como «el salto adelante de la lógica individualista», que sería «el derecho a la libertad, en teoría ilimitado pero hasta entonces circunscrito a lo económico, a lo político, al saber, se instala en las costumbres y en lo cotidiano al vivir libremente sin represiones, escoger íntegramente el modo de existencia de cada uno».[37]

En tal proceso de personalización el individualismo sufre un *aggiornamiento* que provoca el *narcisismo* al pasarse del individualismo «limitado» al «total», con lo que se reduce «la carga emocional invertida en el espacio público o en las esferas trascendentales y correlativamente a aumentar las prioridades de la esfera privada». Otra consecuencia de este proceso es que «El narcisismo encuentra su modelo en la *psicologización* de lo social, de lo político, de la escena pública en general».[38]

El análisis de Lipovetsky es implacable. Considera que el narcisismo posmoderno convive con *la lógica del vacío* y produce un *desierto* donde «todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se encuentran progresivamente vaciados de sustancia [...] que transforma el cuerpo social en cuerpo exangüe, en organismo abandonado». La indiferencia actual produce una alienación ampliada, así como «en un sistema organizado según el principio de aislamiento "suave" los ideales y valores públicos sólo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés, el éxtasis de la liberación "personal" la obsesión por el cuerpo y el sexo».[39]

El narcisismo es entonces el símbolo de nuestro tiempo, pero las supuestas ventajas que señala Lipovetsky encuentran serio límite tanto en lo ya indicado como en múltiples otros aspectos: «socializa desocializando», lo que ya es grave, pero también hace que hayamos pasado «de la "guerra de clases" a la "guerra de todos contra todos"», lo que es mucho más grave y con obvias consecuencias. Agréguese a esto otro aspecto con también serios efectos: «El Superyo se presenta actualmente bajo la forma de imperativos de celebridad, de éxito que, de no realizarse, desencadenan una crítica implacable contra el Yo [...] Al activar el desarrollo de ambiciones desmesuradas y al hacer imposible su realización, la sociedad narcisista favorece la denigración y el desprecio de uno mismo.»[40]

[37] *Ibid.*, pp. 7, 8 y 11.
[38] *Ibid.*, pp. 12, 13 y *s.* Por *psicologización* se entiende ver sólo las causas psíquicas de los problemas de los individuos, o interpretar psicológicamente lo que tiene otra explicación (por ejemplo las guerras producidas sólo por las tendencias pulsionales agresivas). Un mayor desarrollo sobre esto en mi libro *Normalidad, conflicto psíquico..., op. cit.*
[39] *Ibid.*, pp. 15, 35, 41 y *s.*
[40] *Ibid.*, pp. 55, 68 y 75.

De todo esto surgen enormes consecuencias. El autor reconoce que las neurosis clásicas ya no son las predominantes, sino más bien los «"trastornos de carácter" caracterizados por un malestar difuso que lo invade todo, un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida, una incapacidad para sentir las cosas y los seres [...] La patología mental obedece a la ley de la época que tiende a la reducción de rigideces como a la licuación de las relevancias estables; la crispación neurótica ha sido sustituida por la flotación narcisista». Reconoce que en todos lados se encuentra el vacío y la soledad, con una fuerte propensión a la ansiedad y a la angustia[41] que no se solucionan sino se acrecientan con la propuesta mágica del consumo y las comodidades, la grandes ofertas y promesas de nuestra época.

en todos lados se encuentra el vacío y la soledad, con una fuerte propensión a la ansiedad y a la angustia

Para terminar con el planteo de este autor, una conclusión que formula y brinda elementos para pensarla, aunque parece no entender el proceso y los vínculos entre los aspectos económicos y culturales: «Mientras el capitalismo se desarrolló bajo la égida de la ética protestante, el orden tecno-económico y la cultura formaban un todo coherente, favorable a la acumulación del capital, al progreso, al orden social, pero a medida que el hedonismo se ha ido imponiendo como valor último y legitimización del capitalismo, éste ha perdido su carácter de totalidad orgánica, su consenso, su voluntad.»[42]

Aquí es interesante recordar la optimista afirmación freudiana en los comienzos del psicoanálisis, de que una menor represión sexual disminuiría los niveles neuróticos, pero sobre todo una posterior donde analizaba las pérdidas que ocasiona la cultura pero también sus ventajas: la disminución de riesgos y peligros respecto a la naturaleza y en las relaciones entre los hombres. Hoy es evidente que la mayor libertad sexual de nuestra época ha producido cambios en la vida psíquica del ser humano, pero el impacto de las actuales formas históricas también lo han hecho en su *malestar en la cultura*.

Como correctamente destaca un psicoanalista que recupera una visión psicoanalítica crítica, «el hombre actual ha pagado caro los beneficios de la seguridad material»[43] convertida en centro casi absoluto de la vida contemporánea para la mayoría de los sectores sociales, aunque aquí habría que aclarar a cuál se hace referencia —¿en general o al desborde actual al que incita la llamada «modernidad» y el «progreso»?—, y acotar que ésta es cada vez más diferenciada entre los diferentes espacios nacionales y de clases sociales, con las apetencias nunca satisfechas que presenta una oferta infinita y siempre renovada a quienes más o menos pueden satisfacerlas, y la mayor insatisfacción y envidia en quienes sólo pueden verlas.

[41] *Ibid.*, pp. 76, 78 y 111.
[42] *Ibid.*, p. 85. Postura de alguna manera similar a la que, bastantes años antes, en 1976, planteó el conocido teórico neoconservador Daniel Bell en su obra *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza Editorial Mexicana / CNCA, 1989.
[43] Emiliano Galende, *Psicoanálisis y salud mental. Para una crítica de la razón psiquiátrica*, Buenos Aires, Paidós, p. 50.

Inevitablemente es, en este contexto, que tienen que estudiarse las llamadas *patologías de fin de siglo*,[44] no porque sean nuevas (como lo es, por ejemplo el sida en el plano biológico) sino por ser hoy predominantes como, por otras razones históricas, lo fue la histeria a fines del siglo pasado. A las tendencias narcisistas señaladas deben agregarse muchas otras que ofrecen, como indicaba Lipovetsky y muchos otros estudiosos, un panorama muy diferente al clásico: entre ellas el incremento en tendencias esquizoides ante la cada vez mayor fragmentación en los ámbitos de nuestra vida, el notorio aumento en perturbaciones psicosomáticas, el incuestionable crecimiento de patologías como la anorexia y la bulimia, los cada vez mayores niveles cuantitativos y cualitativos de soledad e incomunicación en una época signada por el desarrollo de la comunicación tecnológica, las angustias y ansiedades que origina el, a veces, desmesurado miedo respecto a múltiples aspectos de nuestra realidad, la desvalorización de la propia persona ante el cada vez mayor peso de las creaciones tecnológicas, la anomia, indefensión y subordinación ante un poder a veces menos visible aunque cada vez percibido como más poderoso, y las crisis en las relaciones personales, de familia y de pareja.

Evidentemente a tal panorama deben agregarse de manera muy importante los *estados depresivos*, para no pocos la patología dominante en sus muy diferentes grados, con causas claramente derivadas de todo lo anteriormente señalado. Y que la depresión sea el estado patológico dominante es un claro *síntoma* —o *analizador*, de acuerdo con la terminología del análisis institucional— de las condiciones de nuestra época.

En muy rápida síntesis veamos otros aspectos, aunque no todos, que se presentan en este presente, no como novedades porque también ya existían, pero sí realzados y resignificados en el contexto apuntado:

- la idea, en gran medida fantasiosa y como parte de lo mencionado, de la *utopía de la realización exclusivamente personal.*
- el *aislamiento*, ya no como clásico mecanismo defensivo psicoanalítico sino como forma de vínculo social, lo que hace más difíciles las relaciones de todo tipo (amistades, amor de pareja, etc.), cargadas de permanente combate y competencia. A esto agréguese una cada vez mayor superficialidad y maquinización de afectos, etcétera.
- *empobrecimiento sexual*, donde más que una «liberación» se realiza una «liberalización» de la misma, con la muy frecuente pérdida de los aspectos afectivos de ella.
- el *escepticismo* frente a la sociedad, la vida y los hombres, pero no visto como estado de pesimismo sino de «sano realismo».
- *idealización del cuerpo*, tomado como referente importante de todo tipo de significaciones y buscando conservarlo *eternamente joven*, como parte también de un *culto a la juventud* promocionado por la cultura hegemónica y su publicidad. Consecuencia de esto son los notorios incrementos de todo tipo de *malestares y preocupaciones hipocondriacos.*

[44] Sobre esto véase una introducción al problema en María C. Rojas, «Patologías de fin de milenio», ponencia presentada en la Mesa del mismo nombre del XI Congreso de FLAPAG (Buenos Aires, 1994) y publicada en *Subjetividad y Cultura*, núm. 5, México, 1995, p. 110.

• desarrollo y construcción de *una subjetividad aferrada y ligada a los valores del mercado* en todos los sentidos (deporte, todo se vende y se compra, pérdida de valores éticos y aumento de conductas corruptas, etc.).

• incremento de niveles de *inseguridad* frente a múltiples ámbitos de la vida; no sólo por la creciente peligrosidad del mundo (delincuencia, etc.) sino ante los riesgos cotidianos: de mantenimiento del trabajo, en las relaciones afectivas, de condiciones económicas, etcétera.

• el *consumo* tomado como centro vital donde, según una vieja acepción de Fromm, se hace creer que «tener» es más importante que «ser» —o que se *es* por *tener*—, donde se crea la ficción de que las mercancías permiten realizaciones que obviamente no cumplen.[45]

• un *hedonismo epidérmico*, es decir sin significaciones profundas, que muchas veces busca que la satisfacción sea inmediata por la imposibilidad de espera ante la presión de un presente sin perspectivas de futuro.

• presencia de fundamentales cambios en la *dinámica familiar*, donde tanto los vínculos dentro de ésta como el peso de la misma se ha reducido notoriamente, con incrementos del nivel de influencia del mundo externo y de los medios masivos de difusión.[46]

• aumento de tendencias de *pasividad* por distintos motivos que convierten a la comodidad en otro de los objetivos siempre buscados: recibir cada vez más cosas en el domicilio, ver cada vez más Tv, utilización de medios electrónicos, etcétera. Como inversa vinculada se presenta también la *compulsividad a hacer cosas*.

• uso cada vez mayor de mercancías, alimentos, técnicas, psicoterapias, etcétera, de tipo *light*, que producen también una vida cada vez más *light*.

• como un aspecto central que necesitaría de un amplio desarrollo, no pueden dejar de citarse las actuales formas de *manejo de la agresividad*, que en muchos casos se toman de modelos de violencia tan vistos en los medios masivos.

No es éste el lugar para un análisis acerca de cómo esto es cierto pero de manera diferente en los países del Tercer Mundo en general y de Latinoamérica en particular, ni sobre las consecuencias que se producen por esto (incremento de depresiones, de soledad, de *malestar en la cultura*, etc.). Pero sí de remarcar cómo origina un verdadero combate darwinista para al menos sobrevivir —donde lo ideal es triunfar— que implica una lucha constante con bastante desprecio hacia lo que le ocurra a otros. En este sentido, es como si el mundo propio se

[45] En otro trabajo analizo al automóvil como el máximo *fetiche* concreto de nuestra sociedad (luego del dinero); véase mi artículo «Adicción y fetichismo al automóvil»; respecto al dinero véase Raúl Páramo Ortega, «Dinero y adicción». Ambos en *Subjetividad y Cultura*, núm. 7 y 9, respectivamente, 1996 y 1998.

[46] Respecto a lo medios, incluso en lo que respecta al papel de la familia en el proceso de estructuración del psiquismo y de la socialización, mi artículo «Familia y *tele* en la estructuración del Sujeto y su realidad», en *Subjetividad y Cultura*, núm. 5, 1995. Un desarrollo más amplio de este tema en mi libro *Control de los medios, control del hombre. Medios masivos y formación psicosocial*, México, Nuevomar, 1ª ed., 1985, 2ª ed., México, Pangea / UAM-Xochimilco, 1988.

la famosa violencia de la que tanto se habla y critica es, como tantas veces se ha dicho, consustantiva del sistema neoliberal

restringiera cada vez más a los intereses propios (de uno mismo, su familia y amigos, su trabajo o empresa), *lo que produce una mirada y actividad distinta con el mundo social y político general.*

El otro aspecto, el de la creciente inseguridad, es diferente y vinculado a la vez. *Pero tal inseguridad es general y no limitada, como a veces se quiere creer o hacer creer, a la violencia que asola prácticamente el mundo* (violencia de todo tipo: asaltos y robos, secuestros, asesinatos): se trata de inseguridad en el empleo, en los beneficios sociales antes seguros, en los ingresos, en las inversiones de los empresarios, en el futuro en definitiva; es como vivir en un presente minado con un futuro más o menos imprevisible, con todo lo que esto significa sobre todo para la necesidad que el ser humano tiene de al menos ciertos grados de *certidumbres*.

La famosa *violencia* de la que tanto se habla y critica es, como tantas veces se ha dicho, *consustantiva del sistema neoliberal*, y mucho más en sociedades como las de nuestro continente donde no existen los (relativos pero reales en importante medida) controles y normas éticas de los países desarrollados, ni los nuestros anteriores. Es decir, que no se trata sólo de la violencia de gente desesperada que apela —o es empujada— a la delincuencia para sobrevivir, sino que es un modelo tomado de los niveles poderosos e incluso oficiales; ya no se limita a las naciones latinoamericanas más pobres o «tropicales» sino se practica en las más ricas como Argentina, Brasil y México: altos niveles de corrupción privados y estatales,[47] la policía es más temida que la delincuencia, muchas veces los fuertes enriquecimientos de empresarios y gobernantes tienen importantes velos de sospechas (o de presuntas realidades como las discutidas en México con el Fobaproa), etcétera. Generalmente se trata de acciones de rapiña, sea en el poder o con el apoyo de éste como ocurre con tantas empresas y/o maquiladoras que, aprovechándose de las cada vez más urgentes necesidades de trabajo, explotan a los sectores más empobrecidos de la población. En este sentido el modelo ofrece ejemplos de violencia día a día y en todos los lugares,[48] y quizás la mejor metáfora de la

[47] El último informe anual de *Transparencia Internacional* de su «Índice de Percepción de Corrupción» (IPC) coloca a los países de nuestro continente en un bajísimo nivel de honestidad gubernamental. Sobre un nivel ideal de 10 puntos que implica una honestidad absoluta (lo alcanza Dinamarca, con Finlandia con 9.6; Suecia con 9.5; Nueva Zelanda con 9.4; Canadá con 9.2; Holanda y Noruega con 9; Suiza con 8.9), los latinoamericanos ocupan niveles inferiores a 5 (excepto Chile con 6.8): Costa Rica con 5.6; Perú con 4.5; Uruguay con 4.3; Brasil con 4; El Salvador con 3.6; México en el lugar 56 sobre 85, con 3.3 puntos; Guatemala con 3.1; Argentina y Nicaragua con 3; Bolivia con 2.8; Ecuador y Venezuela con 2.3; Colombia con 2.2 y Paraguay con 1.5 (periódico *La Jornada*, México, 23 de septiembre de 1998, p. 46).

[48] Una discusión sobre causas de esta violencia y su vinculación con la presentada cotidianamente en los medios masivos de difusión, en mi artículo «Violencia/Subjetividad/Sociedad/Medios de difusión», en *Tiempos de violencia*, México, UAM-Xochimilco, 1997. También los trabajos de Horst Kurnitzky, «Sociedad y violencia» y «Entre Escila y Caribdis», en su *Vertiginosa inmovilidad. Los cambios globales de la vida social*, México, Blanco y Negro, 1998. Respecto a la inseguridad y su incidencia, véanse las observaciones planteadas en mi artículo

violación a las normas como medio para obtención del triunfo la dio un entrenador deportivo al afirmar que «la supercompentencia conduce al *doping*».[49]

Pero todo esto no puede dejar de incidir en las prácticas sociales y políticas. Y frente al señalado interés, participación y/o expectativas pasivas de las décadas pasadas, hoy se produce no exactamente lo contrario pero sí algo parecido: frente a las búsquedas previas de cooperación y solidaridad, un marcado desinterés por lo colectivo; de las esperanzas se pasó a una situación de decepción donde poco o nada puede esperarse de las instancias políticas (sean éstas partidos o los gobiernos). Como ya es muy sabido, la apatía florece en todos lados, lo que claramente puede verse en los altos grados de abstención en los procesos políticos y electorales (salvo cuando el voto es obligatorio, como en Argentina).

Claro que todo esto también es relativo, y así como los niveles de individualismo no son en América Latina tan amplios como en los países desarrollados —aunque notoriamente mayores a lo que lo fueron en otros tiempos—, no puede tampoco negarse que en muchos sectores populares del continente, donde la modernidad y las modas no han pegado tan fuerte, se mantienen en importante medida. Máxime en situaciones de crisis como, por ejemplo, se demostró en México durante el sismo de septiembre de 1985 y en otras circunstancias similares. También en este país se está produciendo un interesante aumento (parcial si se quiere, pero real) de participación política que ha permitido el triunfo de la oposición en diferentes lugares, y asimismo es evidente —lo mismo que en otros países— el surgimiento y desarrollo de múltiples instancias de la genéricamente llamada «sociedad civil», en particular de ONG defensoras de derechos humanos y específicos de diferentes sectores.

En este panorama los profesionales e intelectuales se encuentran en una corriente similar, y sí, por supuesto, hay importantes y connotadas excepciones (de las que tal vez pudiesen mencionarse a Chomsky, Wallerstein y muchos otros como paradigmas), pero en general han perdido perdido la fuerza, iniciativa y capacidad de vanguardia que tuvieron en las épocas antes descritas, para refugiarse en cómodos «arrepentimiemtos», supuestas neutralidades o planteos teóricos alejados de las «mundanas preocupaciones» que antes tuvieron. Sin entrar al análisis de las «modas» justificantes actuales en el campo de las ciencias sociales, es interesante como ejemplo ver lo actualmente dominante en dos disciplinas como las *psis* y las de la comunicación.

Sobre la primera recuérdese lo visto previamente acerca de las posturas del campo alternativo a la psiquiatría (*antipsiquiatría*), los psicoanálisis disidentes y rebeldes, etcétera. Hoy eso no ha desaparecido

«Subjetividad y política en América Latina», en *Política y Cultura*, México, UAM-Xochimilco, núm. 8, 1997, y en la ponencia «La inseguridad *de* y *en* nuestra cultura» presentada en el Congreso Internacional de Psicología Social de la Liberación, UAM-I, México, noviembre de 1998.

[49] Lo dijo el entrenador de futbol yugoeslavo Miljan Miljanic (*La Jornada*, 3 de marzo de 1992, p. 46), y hoy es una realidad el alto dopaje deportivo de alta competencia, donde lo importante no es realizarlo sino no ser sorprendido en los controles.

pero sí reducido a una mínima expresión, para alcanzar cierta relevancia en marcos teóricos donde se excluye casi completamente la incidencia de los factores social-culturales en la producción de la psico(*pato*)logía de los sujetos, con la tranquilización que ello conlleva para lo profesionales... y el *statu-quo*. En lugar de esto tejen profundas (y a veces más o menos inentendibles) disquisiciones sobre problemáticas que en muchos casos son importantes, pero que (en importante medida o a veces totalmente) se esterilizan con tal ausencia/carencia.[50]

Algo similar ocurre en el campo de la comunicación, donde tal vez la comparación es más evidente porque los cambios producidos son muy notorios entre ambas décadas. En la primera de las aquí estudiadas, y muy especialmente en América Latina, se consolidó una corriente de análisis crítico que tenía como eje la investigación de los controles de propiedad de los medios, sus contenidos ideológicos y las consecuencias de ambos aspectos sobre la población. Hoy eso se ha perdido en gran medida, y si bien los investigadores teóricamente plantean no renegar de situaciones que incluso se han acrecentado por el actual desarrollo de la comunicación electrónica, lo cierto es que el interés de los mismos se vuelca más hacia los estudios semióticos y de discurso, o bien hacia el campo de la cultura en general. Temáticas muy valiosas y necesarias si se incluyesen como parte de lo antes señalado pero no de manera genérica sino *concreta* para cada momento y realidad específica, *lo que en general no ocurre en la mayoría de los estudios comunicológicos, aunque con importantes excepciones que resaltan tal abandono de la mayoría*, abandono que hace caer a los análisis en algo ahistórico y desterritorializado similar al mencionado precedentemente para el campo *psi*.[51]

Una última referencia a los cambios que se han producido dentro de los campos profesional e intelectual tiene que ver con otro aspecto distinto pero derivado: *la incidencia de las posturas individualistas antes señaladas incluso sobre quienes no renuncian a sus posturas anteriores y son consecuentes con las mismas*, es decir que no entran en las nuevas posturas y/o «modas» actuales. En estos casos es muy interesante observar cómo, efectivamente, cuando persiste tal coherencia de manera *real* y no sólo *verbal*, las actividades que realizan muchas veces quedan encerradas en especies de «guetos» no vinculados a otras tareas similares, aunque se compartan marcos institucionales y/o políticos-ideológicos donde se inscriben. Un ejemplo seguramente formal pero muy expresivo: en épocas anteriores se

[50] Sobre esto, en particular respecto al en ellos definido como psicoanálisis *domesticado* y *bizantino*, véanse mis artículos «La relación hombre-cultura: eje del psicoanálisis», en *Subjetividad y Cultura*, núm. 1 (reproducido en la 2ª ed. del libro *Normalidad, conflicto psíquico, control social*: *op.cit.*) y «Desde la lectura de *El malestar en la cultura*: los psicoanálisis ¿entre la *peste* y la *domesticación*?», en *magen Psicoanalítica*, núm. 9, 1997. También «Afirmaciones e interrogantes espectrales», comentario sobre una revista con tales orientaciones, en *Subjetividad y Cultura*, núm. 9, 1997.

[51] Sobre esto, y con base en la comparación entre dos revistas de comunicación que sostienen ambas posturas, véase mi artículo «¿Qué investigadores para qué transición?», ponencia presentada el Encuentro de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) de 1997, publicado en *Razón y Palabra*, revista electrónica de comunicación del Instituto Tecnológico Superior de Monterrey, núm. 12, octubre de 1998.

compartían esfuerzos y se los vinculaban, y cuando un colega amigo o afín presentaba un trabajo, se hacían los mayores esfuerzos para asistir y participar en éstos, dejando otras actividades personales o profesionales; hoy ocurre al revés, priorizándose lo personal y optándose en última instancia por no compartir tareas y actividades.

si en la décadas antes vistas existía una esperanza... hoy no se ven salidas

No puede terminarse esta parte sin al menos una mínima referencia a las «salidas» que se buscan para compensar las actuales condiciones de angustia y de vacío que produce el actual «malestar en la cultura».[52] Si en las décadas antes vistas existía una esperanza y optimismo que hacían buscar salidas en diferentes formas de cambio interior y exterior, hoy no se ven salidas o se les ven de manera muy pesimista, por lo cual se buscan esencialmente en *consumo de drogas*, pero no como búsquedas de creatividad al estilo de los beatniks de los sesenta, sino como una forma de evasión y de destrucción que ha convertido en tal consumo en uno de los mayores problemas de nuestro tiempo; *consumo hipertrofiado* como consecuencia de un marco ideológico que ha convertido a las mercancías en presuntas satisfactoras de todas las necesidades, con la frustración que ocasiona la no accesibilidad a ellas en el grado fomentado por la cultura hegemónica;[53] *necesidad de creer en algo*, por lo que surgen nuevas y se afianzan multitud de posturas de todo tipo (espirituales, religiosas, hipernacionalistas, etc.), muchas de tipo fundamentalista; *refugio y adicción en tendencias de la modernidad*, como cibernética, electrónica, vínculos a través de ellos como consuelo a la soledad, incrementos inútiles de búsqueda de rapidez en todo, etcétera; *hedonismo epidérmico y* light, sobre todo en adolescentes y jóvenes, que brinde satisfacción al instante y sin esperas, aunque con breve duración; etcétera.[54]

Difícil mirada a las próximas décadas

En plena década de los sesenta, setenta, todas las predicciones apuntaron al cumplimiento de seguros cambios en el panorama de lo

[52] Recuérdese que Freud escribe, y es un aspecto fundamental de su marco teórico lamentablemente poco valorado por sus seguidores «domesticados», que las difíciles condiciones de vida de la mayoría de la población hacen imperativa la búsqueda de «calmantes» o «muletas», de las que indica básicamente tres: satisfacciones sustitutivas, diversiones y sustancias embriagantes («El malestar en la cultura», en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, t. XXI, p. 75).

[53] Sobre esto véase el nada teórico pero sí muy descriptivo e irónico libro de Guadalupe Loaeza, *Compro, luego existo*, México, Alianza Editorial, 4ª ed.,1993.

[54] En un trabajo anterior se hizo un análisis acerca del porqué, luego de 30 años de su muerte, se revive la imagen de Ernesto Che Guevara, concluyéndose que su imagen mítica actúa de manera no consciente como ejemplo de sentidos y contenidos hoy no existentes para la mayoría; véase Enrique Guinsberg, «Significaciones del Che en los 60 y en los 90», *Subjetividad y Cultura*, núm. 10, 1998 (en este mismo número, y con ideas similares, véase el artículo de Luis Lorenzano, «Che: subjetividad rebelde y trágica»). Luego de publicados ambos trabajos, algo parecido lo escribe Manuel Vázquez Montalbán respecto al Che en «Lady Di, adúltera, virgen y mártir», en *Le Monde Diplomatique*, edición mexicana, núm. 15, agosto-septiembre 1998, p. 20.

deseado. Y a mediados y fines de los ochenta nadie imaginó la caída de los sistemas del «socialismo realmente existente». Con tal capacidad de cálculo del futuro ¿cómo imaginar lo que ocurrirá en las próximas décadas, máxime en una situación de modificaciones tan rápidas e inesperadas, y más en un campo como el de proyectos ideológico-políticos, imaginarios y subjetividades?

No es posible hacerlo, sin embargo hay un conjunto de indicios que muestran que la situación actual difícilmente podrá mantenerse, aunque mucho más complicado es indicar hacia dónde irá. Por de pronto es evidente que un sistema que —al menos según sus principales propagandistas— era la culminación o «fin de la historia», en muchísimo menos tiempo de lo imaginado incluso por sus mayores opositores, está mostrando indudables síntomas de agotamiento y de muy fuerte crisis, así como muestras de que se está perdiendo el control sobre el mismo.

En momentos de escribirse este trabajo se están produciendo fuertes descalabros en economías consideradas como seguras —en los llamados «tigres asiáticos» y nada menos que en Japón—, con graves crisis consecuentes en países del Tercer Mundo, incapaces de soportar tales influencias por la debilidad y dependencia de sus estructuras. Se desencadena el llamado «efecto vodka» de Rusia en agosto-septiembre de este año 1998 y caen las monedas y bolsas de Argentina, Brasil y México. La llamada «era de la globalización» ocasiona una fuerte dependencia, donde las buscadas inversiones tienen un caracter inseguro por su volatibilidad producto de su índole especulativa y no productiva, que los convierte en incontrolables.

Los análisis prospectivos de las principales agencias económicas y bursátiles son muy graves pese a que buscan evitar una alarma imposible de negar. En medio de la crisis, la correduría española Santander Investment considera que afectados por la inestabilidad financiera mundial, los países de América Latina tendrán este año una sensible desaceleracion de su economía y una devaluación real de las monedas como mecanismos de ajuste ante el deterioro de sus cuentas externas, lo mismo que «a medida que la volatibilidad internacional y la incertidumbre se prolonguen, ello probablemente se expresará en algunos países en mayores debilidades macroeconómicas». A su vez, de acuerdo con la misma información, un reporte de la cotizada agencia Merril Linch vaticina una tendencia decreciente del PIB en 1998 y 1999.[55] Desaceleración que es considerada un hecho en el continente por las consultoras Standard and Poor's y Bursamétrica,[56] mientras que la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) indicó que la economía global podría producirse una recesión mundial de grandes proporciones.[57] No es entonces casual que el presidente Cardoso de Brasil pida la intervención de Estados Unidos y rompa con uno de los temas tabú del neoliberalismo al decir que «Estoy convencido que ahora es necesario ir más allá de los límites del mercado y charlar

[55] «Desaceleración y devaluación en América Latina, augura Santander», en *La Jornada*, 18-IX-98, p. 26.
[56] «Es un hecho la desaceleración de la economía nacional», en *La Jornada*, 22-IX-98, p. 20.
[57] «La economía global, *en el filo de la navaja* por la crisis asiática: ONU», en *La Jornada*, 17-IX-98, p. 43.

con los líderes mundiales», coincidiendo con el primer ministro francés Lionel Jospin —de origen socialdemócrata pero sostenedor de la economía de mercado— que plantea categóricamente que «llegada la borrasca, ya no es posible, ni siquiera para los aduladores del liberalismo, de la globalización sin fronteras, del reinado sin freno de los mercados, *negar lo que puede provocar un capitalismo descontrolado*»,[58] por lo que fundamenta la necesidad de medidas correctivas. Que supuestamente comenzarían a implementarse, por propuesta del presidente Clinton y aceptadas por organizaciones financieras internacionales, limitando la volatibilidad de capitales ante el temor de una caída en cadena de importantes mercados (el de Brasil entre ellos como caso inmediato). Situación que se mantiene pese a ciertas reactivaciones económicas que no cambian el panorama global, a más de que su acción actúa en el ámbito *macro* sin efectos visibles (ni predecibles) sobre la economía de los habitantes del continente.

A su vez el conocido investigador I. Wallerstein —como ejemplo representativo de una tendencia realista—, hace un análisis prospectivo que ofrece muy pocos datos alentadores, preguntándose «si el sistema histórico en que vivimos, la economía-mundo capitalista, ha entrando o está entrando en una era de "caos"».[59]

Si ante la situación antes descrita se presentaban las consecuencias subjetivas antes citadas, ¿qué ocurrirá cuando el siglo y el milenio termina «con un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado?».[60] Si por lo visto y conocido todos los acontecimientos sociales, políticos, económicos y culturales afectan a la «salud mental» y los estados subjetivos, lo único seguro es que éstos se verán afectados por lo que ocurra en esos ámbitos, pero no es posible predecir cómo actuarán frente a tales hechos. Si, como escribía Marcuse, una salida al estado actual es el cambio en las «necesidades» que fomenta esta cultura concreta —lo que implica un muy difícil cambio de *cultura*— ¿podrán construirse nuevos imaginarios y niveles subjetivos que conduzcan a ello?

Es muy difícil predecirlo y no hay muchas razones para creerlo. ¿Habrá que llegar a niveles de crisis tan grandes que obliguen a ello? ¿O todavía se podrá ser optimista y pensar con Löwy que «de la convergencia entre la renovación de la tradición socialista, anticapitalista y antimperialista, del internacionalismo proletario —inaugurado por Marx en el *Manifiesto Comunista*— y de las aspiraciones universalistas, humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales podrá surgir el internacionalismo del siglo XXI?»[61]

México, febrero de 1999

[58] Lionel Jospin, «Europa ante la crisis mundial», *La Jornada*, 18-IX-98, pp. 1-24, subrayado mío. Incluso el conocido especulador internacional George Soros alerta sobre «el pánico general en América Latina» (México, diario *Reforma*, 16-IX-98, p. 10-A, sección Negocios).

[59] Immanuel Wallerstein, «Paz, estabilidad y legitimidad, 1990-2025/2050», en *Argumentos*, núm. 22, México, DCSH/UAM-X, 1995.

[60] Hobsbawm, ...*op.cit.*, p. 555.

[61] Michael Löwy, «Mundialización e internacionalismo: actualidad del *Manifiesto Comunista*», en Guillermo Almeyra (coord.), *Ética y rebelión. A 150 años del* Manifiesto Comunista, México, La Jornada Ediciones, 1998, p. 111.